

# EXPERIENCIAS CON SILVIO ZAVALA, 1933-1949: ALGUNOS RECUERDOS AL AZAR

Lewis HANKE

*Universidad de Massachusetts*

LA HISTORIA DE LAS RELACIONES intelectuales entre México y Estados Unidos en el siglo XX todavía no ha sido escrita. Al parecer, nunca se ha evaluado la importancia del amplio proyecto sobre Yucatán, patrocinado por la Carnegie Institution de Washington, pese a que, a todas luces, fue un modelo de los métodos y políticas que una institución extranjera debería fomentar para el estudio de la cultura mexicana.

Durante mi estancia en la Universidad de Austin, Texas, de 1951 a 1961, oí hablar mucho del empeño por aprender español y estudiar historia mexicana de un joven maestro, Herbert Eugene Bolton, que había estado allí los primeros años del siglo. Bolton llegó incluso a proponerle al director del departamento de historia, George Garrison, que le autorizara a impartir un curso de historia de México. La respuesta de Garrison no sólo fue negativa sino que llegó a declarar que, mientras él fuera director del departamento, no habría cursos de historia mexicana en Texas.

Mucho antes de que yo llegara a Texas en 1951 todo esto había cambiado, en gran parte gracias a la influencia de mi predecesor, Charles W. Hackett, y la Universidad de Texas disponía de una extraordinaria colección en la biblioteca de materiales sobre América Latina y, en especial, sobre historia de México. En la actualidad, esta colección es todavía más rica y para ocuparse de ella han sido nombrados profesores especialistas en diversos campos de estudio relaciona-

dos con México. Bolton prosiguió con su interés por el tema en Berkeley y no sólo produjo una guía fundamental cuya utilidad todavía está vigente,<sup>1</sup> sino que se ganó tantos discípulos en la Universidad de California que en su honor se prepararon dos *festschriften*, lo cual probablemente es un récord mundial. En mis años en Texas también supe de las "Farmer Fellowships", por las que Hackett mostró gran interés, y que permitían a jóvenes mexicanos con talento estudiar en Austin. Éstas y muchas otras iniciativas públicas y privadas contribuyeron a acercar a México y Estados Unidos y a mí me complacía en especial que la oficina del departamento de historia estuviera en Garrison Hall, símbolo del gran cambio que había tenido lugar desde los primeros años del siglo.

Mi modesto propósito ahora es esbozar las relaciones entre Silvio Zavala y yo durante el lejano periodo de 1937 a 1949, cuando ambos estábamos en los comienzos de nuestras largas carreras.

Coincidimos por primera vez brevemente en España en 1933. Zavala estaba trabajando en Madrid en sus aportaciones fundamentales, *La encomienda indiana* y *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, mientras yo me había instalado en Sevilla para tener acceso al Archivo General de Indias. Pero de vez en cuando yo visitaba Madrid para consultar a Rafael Altamira y Fernando de los Ríos y fue entonces cuando tuve la oportunidad de conocer a Zavala y de ponerme al tanto de su investigación.

La siguiente vez que nos encontramos fue en la ciudad de México en 1937, cuando yo iba camino a Guatemala para observar a Robert Redfield, antropólogo de la universidad de Chicago, que estaba estudiando a los indígenas guatemaltecos. En la ciudad de México, Zavala me presentó a intelectuales tan destacados como Genaro Estrada y Alfonso Reyes, quien por entonces estaba muy ocupado en la organización de la Casa de España en México para proporcionar así un hogar a los intelectuales españoles que huían de la España de Franco.

<sup>1</sup> *Guide*, 1913.

Zavala deseaba vivamente fundar una revista dedicada a la historia de América y concertó una cita para que fuéramos a ver al ingeniero Pedro Sánchez, entonces presidente del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Don Pedro, en tanto que científico, era reticente con los historiadores porque, según él, había tenido ocasión de comprobar que eran tercos y pendencieros. Pero en 1937 nos escuchó y al año siguiente aprobó la creación de la *Revista de Historia de América*. Recuerdo perfectamente el llamado posterior de Zavala para que enviara de inmediato un artículo mío a fin de que se pudiera imprimir el primer número antes de que don Pedro cambiara de opinión. En el primer número se publicaron únicamente tres artículos: el de Zavala y el mío, y uno central de Rafael Altamira, titulado “La legislación indiana como elemento de la historia de las ideas coloniales españolas”.<sup>2</sup> La revista todavía se publica y significa una salida adecuada para una gran variedad de artículos y mucha información bibliográfica útil.

El amplio interés de Zavala por la historia fue también origen de la influencia que ejerció en el Fondo de Cultura Económica para que esta editorial publicara en 1942 el tratado de Bartolomé de Las Casas titulado *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, con introducciones de Agustín Millares Carlo y mía. La segunda guerra mundial ya había comenzado y debió ser un gesto de valentía editorial lanzar al público este conmovedor llamado a emplear únicamente medios pacíficos en la conquista española de México. La segunda edición se publicó en 1975 con un tiraje de 10 000 ejemplares. Zavala debió ser también en parte el responsable de la publicación en 1943 del *Cuerpo de*

<sup>2</sup> *Revista de Historia de América*, 1938, pp. 1-24. La declaración que hizo entonces Altamira fue probablemente el inicio de los pensamientos que dediqué a la lucha por la justicia en América: “Es posible que el espectáculo de la polémica que desde un principio se produjo en cuanto a las más salientes normas de la política indiana, y particularmente de la libertad del indio para la vida civil, y la preparación de consultas a los hombres calificados de entonces (teólogos, juristas) que los reyes solicitaron como es sabido, señalase a éstos la conveniencia de expresar los motivos que les decidían por una u otra de las opiniones. En ciertos casos, p. e., el de la capacidad o «habilidad» de los indios, ese hecho parece evidente” (p. 23).

*documentos inéditos del siglo XVI sobre los derechos de España en las Indias y las Filipinas*, que preparamos también Millares Carlo y yo para demostrar que hubo muchos otros teólogos y pensadores políticos españoles en la España del siglo XVI y en las Filipinas, además de Bartolomé de Las Casas, que debatieron los problemas de la justicia. Estas experiencias me convencieron de que Zavala era uno de esos académicos poco frecuentes que se interesan por la historia en general y no meramente por sus propias publicaciones.

Hubo un tema en el que no coincidimos, como se hizo obvio en 1946 cuando, como miembro de la Hispanic Foundation de la Biblioteca del Congreso en Washington, D.C., propuse una visita oficial a Europa, incluyendo España, para averiguar cuáles habían sido los resultados de la segunda guerra mundial en lo referente a los estudios hispánicos. Muchos de mis amigos y colegas en Washington estaban influidos todavía por la pasión que despertó la guerra civil española y se oponían a que se viajara a la España de Franco. Zavala parecía también inclinarse por esta posición y yo decidí consultar a Alfonso Reyes, cuya labor de apoyo a los académicos españoles refugiados merecía un amplio respeto. Reyes aconsejó que fuera a España. "Necesitamos saber qué pasa en España", me dijo, y aunque él no iría nunca a España mientras gobernara Franco, consideraba adecuado y deseable que fuera un representante de la Biblioteca del Congreso. Así que visité España y tuve una experiencia muy interesante y valiosa de la que no he dado cuenta aún. Al finalizar una charla en la Residencia de Estudiantes en Madrid, conocí a Bernardo Reyes, hermano de Alfonso, quien fue un convincente recordatorio de que, dentro de la misma familia, se encontraban opiniones contrarias sobre cuestiones políticas.

El proyecto más significativo que emprendimos juntos Zavala y yo fue la organización del Primer Congreso de Historiadores Mexicanos y Estadounidenses que se celebró en Monterrey en septiembre de 1949. Habíamos contemplado la idea de que la reunión tuviera lugar aproximadamente un año antes, ya que hubiera sido un hecho dramático celebrar la un siglo después de la guerra entre México y Estados Uni-

dos. Pero los ánimos todavía estaban encendidos en algunos círculos y decidimos prudentemente esperar un poco. En enero de 1949, la Biblioteca del Congreso me concedió un permiso de nueve meses para que fuera a México, donde podría desempeñar algunas tareas para la Biblioteca —como hacer los arreglos para que se microfilmaran muchos boletines legales mexicanos—<sup>3</sup> y adelantar en mi investigación sobre la vida de Las Casas. En el transcurso de aquellos meses también tuve la oportunidad de discutir temas de historia con muchos de los destacados académicos mexicanos gracias a la mediación de Zavala.

Además de la intensa labor que implicó la organización de un congreso de carácter tan único —que yo sepa, ningún otro país del continente americano ha hecho el intento de organizar reuniones de este tipo, y con seguridad no con una regularidad establecida— tuvimos la suerte de contar con el fuerte apoyo de Alfonso Reyes, cuyo discurso durante la cena, “Mi idea de la historia”, fue para mí uno de los episodios culminantes en el congreso. Me dijeron que Reyes y algunos otros mexicanos consideraron que septiembre no era un mes adecuado para permanecer en la ciudad de México porque estábamos en el periodo de la guerra fría y los izquierdistas mexicanos habían organizado —se suponía que con alguna ayuda del exterior— uno de aquellos “Congresos para la Paz” que se multiplicaban en varios países.

Lo que mejor recuerdo es la insistencia de Zavala en que nuestro congreso tuviera un planteamiento amplio. Hizo hincapié en la necesidad de sesiones sobre la enseñanza de la historia así como en sesiones sobre acontecimientos o movimientos históricos específicos. Para él, los estudiosos norteamericanos que participaran no deberían estar ocupados únicamente con la historia mexicana, lo cual hizo factible la presencia de académicos como John Highan y Edward Kirkland. Fue también por influencia de Zavala que participaron académicos latinoamericanos como Jorge Basadre, del Perú, y Mariano Picón Salas, de Venezuela.

<sup>3</sup> Reportado en “Mexican”, 1949, vi:4, pp. 9-14; 1951, viii:2, pp. 12-14.

Luther H. Evans, director de la Biblioteca del Congreso en Washington, no sólo apoyó la reunión de diversas maneras, sino que también hizo acto de presencia en Monterrey y pronunció un significativo discurso sobre el problema que todas las grandes bibliotecas tienen que enfrentar: por ejemplo, si adquirir o no manuscritos originales que pertenecen a la cultura de otras naciones. Evans manifestó enfáticamente una política fundamental: la Biblioteca del Congreso únicamente compraría o aceptaría como regalo *copias* de materiales o protegería durante periodos críticos materiales como los documentos tan únicos que China enviara poco antes de Pearl Harbor y que le habían sido devueltos no hacía mucho tiempo.

Otras instituciones en México y en Estados Unidos también estuvieron implicadas en el congreso y los académicos y las instituciones de Monterrey proporcionaron una ayuda indispensable. Las sesiones se celebraron en las espléndidas instalaciones del Instituto Tecnológico, una institución privada, pero la Universidad fue también uno de los patrocinadores y nosotros hicimos una visita oficial a sus respectivos presidentes. Por parte de Estados Unidos, Arthur Whitaker, como miembro del consejo de la American Historical Association, persuadió a este augusto organismo de que apoyara la reunión. Merle Curti estaba presente como su representante oficial y donó un cuadro del pintor Francis Parkman (*no* de William Hickling Prescott como habíamos esperado) para la colección de eminentes historiadores de América en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. La ceremonia de entrega de la pintura se llevó a cabo en el transcurso de un almuerzo organizado por una de las poderosas fábricas de cerveza de Monterrey y fue obvio que Curti se había dedicado un tiempo, en Madison, Wisconsin, a estudiar español. Hizo un loable esfuerzo por hablarlo y cada uno de los presentes trató de ayudarlo cuando tropezaba en las frases. Fue una ocasión simpática, acentuada por la cerveza que corría a chorros.

Hay otro aspecto íntimo del congreso que vale la pena mencionar. Los académicos son con frecuencia francos e individualistas en sus reacciones a los aspectos prácticos de este

tipo de reuniones. Tuvimos la fortuna de que Zavala descubriera en Monterrey a un joven mexicano, muy capaz, que se acercó a nuestro hijo Jonathan de 21 años; juntos, ambos dieron muestras de ser excelentes diplomáticos en el manejo de todos los problemas logísticos. Se comportaron cortésmente y con firmeza ante cualquier eventualidad. Todo fue tan bien que según mis notas, en la comida informal de despedida, yo pronuncié algunas observaciones banales acerca de "Las dolencias de los historiadores", texto que, afortunadamente, al parecer desapareció.

Al rememorar este primer congreso, hay que acentuar que otro de los resultados significativos de la dedicación de Zavala a la historia y de la manera que él tiene de entenderla fue procurar que los historiadores se reúnan con fines profesionales, tarea difícil, pero satisfactoria. Así como la *Revista de Historia de América* aún persiste, también persisten los congresos de historiadores mexicanos y norteamericanos. Gracias a la influencia posterior de Daniel Cosío Villegas, los congresos se celebran con regularidad. Los cimientos que, en gran parte, fueron asentados hace medio siglo por Silvio Zavala han demostrado estar firmes.

Traducción de Isabel Vericat

#### REFERENCIAS

##### *Guide*

- 1913 *Guide to Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico*. Washington, Carnegie Institution of Washington.

##### "Mexican"

- 1949 "Mexican Microfilm Developments", en *The Library of Congress Quarterly Journal of Acquisitions*, VI:4, pp. 9-14; VIII:2, pp. 12-14.

